



Am. recibo
sept. 12/921

La Celsina 10/921

Ciriaco V^o

Complacido con lo que V^o me
decía en su estimada del 29 del pasado
Julio, tengo el honor de remitirle esos
breves recuerdos de los años de mi juventud
cuando llegué a esta república.

Es poca cosa y no sé si habré satis-
fecho los deseos de V^o.

Tengo el honor de saludarle con la
mayor estima.

Humilde servidor

Pedro R. Galliano



Recuerdos

2

En los años 1875-76, primeros de mi juventud, transcurridos en esta grandiosa madre hospitalera, cuando alguna vez, en un día canicular, después de haber recorrido a caballo, varias leguas por la dilatada Pampa, cansado ya de mi largo viaje, me acercaba a un humilde rancho de techumbre de paja, morada de los viejos criollos, para pedir momentáneos hospedaje, encontraba la más sincera acogida y más de una vez me vi obligado a permanecer allí por insistencia de los dueños de casa, si la noche se presentaba tormentosa.

¡Bon que placer recuerdo aquellos tiempos y aquellos agasajos!

Allí no faltaba el mate cimarrón, mientras el olor de un cordero al asador y de un frachel al horno, hacía abrir más el apetito al cansado viajero.

Quiero recordar aquellos días en los cuales tenía lugar una fiesta criolla, animada por la concurrencia de los paisanos con su chiripá, sus calzones blancos como la nieve que le caían sobre unas botas de cuero de potrero armadas de gruesas suelas, con su blusa, con su pañuelo de seda roja al cuello, su chambruga de caño redonda con un ala doblada y con una dega con empuñadura de plata, metida entre un relumbrante tirador, que alegres daban con aquellas lindas criollas de lenguas trenzadas color del ibañez y adornadas con vestidos de vistosos colores, un

gato con relación, al compás del lamento de
una guitarra tocada por un gaucho pa-
yador que antes con una vidalita, ha-
cía oír los lamentos de su alma, enton-
cando estas estrofas:

Errante avecilla
golondrina solitaria,
que juguetona se aleja
perdida ya en lontananza.
Si volando pasajera,
quiza por ruta ignorada,
rozas por feliz acaso,
blandamente en el ala,
los cristales o los tirios
azules de su ventana,
dita tu, tierra avecilla,
que no me abandones ingrata,
y que por tu Dios me quiera,
que es el Dios de la esperanza,
que su olvido me consume,
que su inquietud me mate.
Cita que en tu pecho llevas
las notas de mi guitarra,
y entre sus alas prendidas,
los giros de mi alma!
¡Bientala, tierra avecilla,
golondrina solitaria!

Recuerdo aún el uso de aquellas viejas
canciones que entre el bullicio y el fa-
rúfano de estas fiestas, entonaba algu-
na madre mientras hacía dormir a
su hijo bajo la curruada u a la som-
bra de un capulento cubú, canciones
que no se han borrado de mi memoria
y que dicen:

Duérmete mi hijo
 duérmete mi sol,
 duérmete pedazo
 de mi corazón!

Este niño lindo
 tiene buen dormir,
 cierra los ojitos

y después los vuelve a abrir!

Cuán felices eran aquellos tiempos en
 los cuales el corazón de un gaucho, rebosa-
 ba de júbilo cuando podía agasajar al
 viajero que golpeaba la puerta de su
 humilde rancho!

Pero del todo no se han perdido estas
 antiguas costumbres, y aún puede
 encontrar buena acogida en la mora-
 da del noble gaucho argentino, el ex-
 traviado viajero que cruza La Pampa.

Pedro R. Galiano